

A la sombra

Mauricio Pérez-Sánchez

Veintisiete grados centígrados a la sombra. El general Domenzain está sentado frente a ti, en el centro del patio, luciendo su saco con alamares y su corbata verde. El viento se acerca, se detiene, te abofetea. La bandera en lo alto se agita sin permiso; en cambio tú, imagen estoica e inerte, botas relucientes, insultos reprimidos.

Ahora te mira de soslayo y disfruta el momento. Los demás te ven como un espejo y sonríen al verse en ti de manera tan irrisoria. Sientes ganas de llorar, pero los soldados no lloran, eso es «cosa de viejas». Actos injustos y deseos aplastados pasan rápidamente por tu cabeza. Después, soportas preguntas ridículas, humillantes; guardas silencio, disimulando la ira.

Dos horas más tarde el sudor oscurece tu uniforme. Un tañido de corneta te anuncia lo evidente: sobre tu cabeza se encuentra el sol. El general está a tu lado, sentado cómodamente, fingiendo leer un documento; tus compañeros, en la sala de instrucción; tu coraje, en la punta de la lengua, y un hilillo de sudor escurre lentamente por tu nariz, mientras otro se introduce en tu ojo izquierdo y lo lacera. Quisieras gritar, pero no puedes.

Al ver al general sacudiendo una gorra de marcha recuerdas cuando sus dedos se deslizaban por tu cuerpo. Tú lo dejabas. El vapor impedía que vieras con claridad su rostro; su lengua se introducía en tu oreja, sus manos insuaves frotaban tu cara, después tu pene, lento, muy lento, y tú lo dejabas. No recuerdas más.



Llevas tres horas plantado en el patio. El general te observa a través del enorme ventanal de la sala de armas. No ha soportado el calor de verano y se ha instalado en ese lugar para ver llegar el momento en que pidas clemencia o cuando te desplomes debido al hambre, al cansancio, a la insolación. Pero aún permaneces postrado en ese sitio. Te sientes agotado, vencido; sin embargo, un orgullo ridículo te sostiene por los hombros y apacigua el movimiento trémulo de tus rodillas.

Veintiocho grados centígrados a la sombra. Sabes que no soportarás mucho tiempo más. La rigidez de tu posición lastima cada uno de tus músculos. El dolor en la cintura es insoportable. Varias punzadas en la espalda te recuerdan que estás vivo.

El general baja, se acerca a ti y te ordena dar media vuelta, con objeto de que tu rostro vuelva a quedar frente al sol. El placer de aquel movimiento es efímero. Las piernas te vuelven a temblar y el general Domenzain te recrimina. La tortura se incrementa segundo a segundo. Tienes muchas ganas de orinar, pero no te atreves a pedir permiso, porque sabes que te lo negará y eso sólo servirá para acrecentar su placer y tu ira. Ya no puedes más: el chorro de orina resbala por tu pierna, humede-

ciendo el pantalón, como cuando mojabas la cama o como aquel día, en la secundaria, en el que fuiste el hazmerreír del festival por hacerte en los pantalones. El hecho genera una burla fina y disimulada entre las «zorras» que barren el patio, y la mueca más socarrona que hayas visto dibujada en el rostro del general.

Ahora ves a Rufino pisar con fuerza el césped. Con el rifle pegado al cuerpo y el casco brincando rítmicamente, se dirige a la caballeriza. Después de 10 minutos, Rufino regresa jalando un hermoso caballo canela aparentemente indomable. A pesar de la distancia, la mirada del animal se encuentra con la tuya; el tiempo se detiene; no ruedan las rocas en el riscal.

El general ha vuelto a ubicarse pomposamente detrás del ventanal. Rufino intentará montar el alazán. Agradeces el hecho de que por fin la atención no se centra en ti. Rufino coloca lentamente la silla. Tú permaneces inmóvil. El caballo empieza a inquietarse. Rufino duda por un instante y luego trata de poner un pie en uno de los estribos. El general observa el intento. El caballo, al sentir el cuerpo del soldado, salta, lanzándolo al suelo. Tú no te mueves. El animal corre libre, provocando un gran barullo; algunos cadetes tratan en vano de detenerlo. Domenzain baja al patio, increpa desde lejos, corre. Rufino se levanta penadamente y se sacude la tierra. Sonríes. Escuchas una voz conocida, una frase conocida: «¿De qué putas madres te ríes, cabrón?».

Siempre has presumido de conocer el significado de la palabra libertad, pero eso nunca te ha servido de nada; finalmente comprendes esa palabra, la sientes. De tu posición estática pasas a un estado extático, y corres como un animal, como aquel animal.

El general se da cuenta de tu desobediencia; te grita, pero parece que no lo escuchas, ¿o no lo entiendes? Oyes pasos detrás de ti, relinchos provenientes del averno; piensas que nada podrá detenerte. La barda está cada vez más cerca. Sientes el cabestro flojo, tus cuatro patas golpean la tierra con violencia. Un arma se dispara, caes de bruces, se levanta el polvo, el caballo se apacigua.

El patio y el campo de prácticas son invadidos por un largo silencio, roto por los sonidos que produce Rufino al correr. Él es el primero en llegar a donde yace tu cuerpo. Te voltea y observa, incrédulo, cómo te desangras, cómo riegas la tierra. A pesar de que miras directamente al sol, no parpadeas. Rufino pide ayuda. El caballo trota en dirección a la caballeriza. Tu padre, con el rostro desvaído, enfunda su arma. Veintinueve grados centígrados a la sombra.

MAURICIO PÉREZ SÁNCHEZ. Nació en la Ciudad de México. Estudió la carrera de Ciencias de la Comunicación en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Obtuvo el primer lugar en el Concurso de Cuento Universitario organizado por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y la librería Gandhi. Publicó algunos de sus cuentos en la sección "Andariegos", del periódico *El Financiero*. Cuenta con 25 años de experiencia como corrector de estilo.